


colección alandar 



Esta, la vida

Gonzalo Moure y Mónica Rodríguez

EDELVIVES

Dirección editorial:
Departamento de ediciones GELV

Dirección de arte:
Departamento de imagen y diseño GELV

Diseño de la colección:
Manuel Estrada

Edición:
Área de publicaciones de literatura infantil y juvenil

Coordinación de producción y maquetación:
I+D de soportes editoriales GELV

Fotografía de cubierta:
Thinkstock

© Del texto: Gonzalo Moure, Mónica Rodríguez
© De esta edición: Editorial Luis Vives, 2012

Impresión:
Edelvives Talleres Gráficos. Certificado ISO 9001
Impreso en Zaragoza, España

ISBN: 978-84-263-8494-2

Depósito legal: Z 230-2012

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

El 0,7% de la venta de este libro se destina al proyecto «Mejora del acceso a la Educación Secundaria de calidad en Ashalaja», que cofinancia la ONGD SED (Solidaridad, Educación, Desarrollo) como apoyo a procesos de desarrollo local en Ghana.

FICHA PARA BIBLIOTECAS

MOURE, Gonzalo (1951-)
RODRÍGUEZ, Mónica (1969-)
Esta, la vida / Gonzalo Moure, Mónica Rodríguez. – 1ª ed. –
Zaragoza : Edelvives, 2012
115 p. ; 22 cm. – (Alandar ; 132)
ISBN 978-84-263-8494-2
1. África-animales. 2. Naturaleza salvaje. 3. Supervivencia. 4. Caza.
I. Título. II. Serie.
087.5:821.134.2-3"19"

A Ella.

(M. R.)

A mi guía de los bosques.

(G. M.)



CAMINO

sigilosa por la penumbra del bosque. Me llegan los ruidos de la tarde, el incesante bullicio de los insectos, el aullido de un mono. A veces el crepitar de una hoja me hace permanecer inmóvil un instante. La luz se filtra entre las ramas y crea este laberinto de sombras por el que transito y me oculto. Mi sangre fluye y hierve porque necesita de otra sangre. Busco, huelo el calor de otros cuerpos.

Salgo a la maleza y me agazapo. Entonces los veo. Percibo su pulsión de vida dilatándose y contrayéndose en este aire cálido de la tarde. El sol cae. Tenso los músculos y observo. Aún están lejos, pero puedo distinguir sus formas y el olor. Este olor que me excita y me hace abrir la boca y sentir mis colmillos rozando el labio inferior, sedientos.

Me arrimo con cuidado midiendo la corpulencia de sus cuerpos. Ahora estoy cerca y puedo observar los cuellos altos, el flujo de vida que palpita en ellos, atra-vesados por la arteria roja y atrayente.

Algo se me clava y se abre, extendiéndose por mis venas. Alcanza el aliento. Esto que flota en el aire, que el viento acerca y aleja, es su olor.

Aún el sol reverbera en las últimas hierbas. No tardará en llegar la noche y eso me alegra. La oscuridad es mi aliada. Las presas son torpes en la oscuridad. Sin embargo, no sé si podré esperarla.

La necesidad aprieta mi mandíbula, ahueca mi costillar donde crece eso que intuyo y que me aguarda. Estoy desesperada. Sé que necesito alimentarme por esto que bulle dentro de mí, por lo que está por venir y que se anuncia en cada célula de mi cuerpo y que a cada instante me trae el recuerdo de Ella.

He elegido a la víctima, que pace ajena a mi escrutinio.

Miro fijamente los músculos de su cuello para tantear el asalto y el placer de la sangre me embiste de nuevo. Anticipo el crujido de los huesos, la carne desmembrándose en la boca, y siento que necesito matar, tanto como necesito el aire que respiro.

No pienso en ellos. Saben que es así, que he de alimentarme de su sangre y que estarán precavidos. Mido bien las distancias, la longitud del salto y, sin embargo, sé que muchas veces fallo, he fallado.

Y cuando ocurre, el chasquido de mis colmillos en el aire me duele, se ensaliva el vacío de mis dientes

y me siento aterrada y sola. Vuelvo, cabizbaja, con el hambre rugiéndome en las venas. Vencida.

Pero hoy debo precisar mis cálculos. No puedo errar, hace días que no como.

Espero y, mientras dura esta tensa y larga espera, pienso en Ella.

Fluyen en mí todos los recuerdos y este olor amarrado a su presencia, el latido de la vena donde hincar los dientes. Ella me enseñó la astucia y las reglas. De Ella lo aprendí todo.

Los vigilo. Sus cuerpos grandes esparcen olor y calor que llegan a mí, y al llegar me excitan.

Debo contenerme, la caza es un acto lento y medido. Aún es pronto para el salto. El elegido se mueve, se adentra solo en el bosque sin sospechar que le acecho. Me desplazo muy despacio, tan despacio que ni siquiera los músculos de mi cuerpo sienten el movimiento y continúan tensos, rígidos.

Calculo su camino, subo a un árbol y lo contemplo desde la rama mientras se acerca. No puedo moverme lo más mínimo para que no me perciba. Evito hasta el aliento, pero mis pulsaciones se aceleran. Contengo mi impaciencia. El viento me trae su olor y eso es bueno. Él está ajeno, disfrutando de la tarde sin saber que la muerte se cierne sobre él.

Debo guardar mis energías para la lucha.

Calculo la dimensión exacta del salto. Observo los músculos tensos y alargados del cuello donde apretaré mis dientes hasta escuchar el crujido final y mido su resistencia. Ahora se mueve inquieto. Debo acelerar el

ataque o advertirá mi presencia y todo se habrá acabado: huirá.

No puedo permitir que se escape. Me encojo para impulsarme con fuerza contra él, que sigue ramoneando unas hojas. En el último instante, antes del salto, veo apretarse su lomo y eso me inquieta, pero ya todo está en juego y siento el impulso de mis poderosas patas. Salto sobre